

EL ROBLE Y DOS BASTONES HACIA LA

DERECHA

Corría el año mil novecientos cuarenta y algo, observaba cómo el viento otoñal hacía caer las hojas secas del roble oscuro que siempre había estado ahí, justo tapando la escasa visión que mi ventana de aquel entonces podía darme. La brisa también hacía que las cortinas se levantasen, como si estuvieran volando o quizá flotando en el aire.

Tumbado sobre mi cama, cerré el libro que había estado leyendo toda la noche y centré mi mirada en la ventana, como de costumbre, no pude ver a través de ella, pues las ramas casi desnudas del roble la tapaban. Quedé ensimismado mirando cómo aquellas ramas se balanceaban de un lado a otro, hasta que madre entró.

- Rudy Schwarz Schröder, levántate de la cama-. No pronuncié ni una sola palabra, solo seguí su orden como ella esperaba -. Date prisa o llegarás tarde, y no quieres llegar tarde, ¿verdad? - Negué con la cabeza. Madre a veces daba miedo. En alguna ocasión pensé si padre alguna vez conoció realmente a la parte de ella que (supuestamente) todo el mundo posee, ese lado de empatía, cariño o afecto. - No quieres que te pase lo mismo que a Otis Müller, ¿verdad? - Otis Müller, el hijo del panadero a quien por llegar tres minutos tarde a clase pues su padre estaba terriblemente enfermo y cuidaba de él, le dieron con la larga regla de madera con astillas en las palmas de las manos, hasta que una pequeña gota de sangre surcó su palma hasta llegar al suelo.

- No, madre.

- Bien, pues ahora ponte el uniforme -. Iba a salir de la puerta cuando pareció acordarse de algo -. Y no te olvides de ponerte la Estrella De David -. Asentí.

Cuando ya estaba listo, salí de la puerta y recuerdo cómo aquel día, en Berlín, hizo tal frío que ni siquiera el hombre mañanero salió a hacer su rutina de deporte con su mítica bicicleta azul.

Miré mi reloj. Ya iba tarde. Corrí lo más rápido que pude. Ese día tenía la clase de primera hora con el profesor Schneider, quien siempre fue de mi agrado, tanto que lo consideraba casi como un segundo padre. Algo que me llamaba la atención de él era que a pesar de sus treinta y pocos años, usaba un bastón de aproximadamente un metro, él siempre me dijo que simplemente lo usaba pues su padre se lo entregó a su madre, para que así, si el padre no volvía de la primera guerra mundial, ella se lo pudiera dar a Luther, es decir, su hijo.

Llegué a la entrada externa del colegio justo tres minutos antes del comienzo de las clases y todos mis compañeros se encontraban ya entrando al colegio para judíos, que tan poco hacía que nos habían obligado a entrar.

- ¡Eh, *Sauker!* - Gritó un niño que jugaba con la pelota con otro chaval de la misma edad - ¡Pásanos la pelota! -. Hice caso omiso a su orden.

Cuando entré en clase el profesor Schneider ya estaba dentro junto con todos los alumnos. Él me miró y me enseñó una sonrisa de bienvenida a la que yo respondí con otra.

El día transcurrió lento y aburrido haciendo que casi me durmiera en la clase del profesor Hoffmann.

Cuando llegué a casa madre y padre discutían. Mucho. Discutían mucho. Y ví el periodico sobre la mesa del comedor.

“HITLER ENVÍA SOLDADOS NAZIS A REVISAR CASAS EN BUSCA DE JUDÍOS EN BERLÍN”.

A pesar de no verme la cara en ese momento sabía que tanto por fuera como por dentro se ilustraba en mí el miedo. No, no miedo. El terror.

Nos encontrarían. Nos meterían en campos de concentración. Nos matarían.

Después de pensar en todo aquello, una gota salada como el agua del mar surcó mi mejilla izquierda, sacándome de esa especie de trance en la que estuve durante

menos de diez segundos. Centré mi mirada en ellos, en padre y madre. Madre lloraba. “¿Esto es real?” pensé con otra gota de aquella agua salada bajando esta vez por mi mejilla derecha. Fue la primera vez que vi a madre llorar. Padre la abrazaba pero ella mantenía todavía las manos en su cara, a causa del miedo, terror y frustración.

Subí arriba, a mi habitación. Lloré. Lloré mucho. Lloré por mí. Lloré por madre. Lloré por padre. Lloré por todos los judíos. Lloré hasta que mis ojos quedaron hinchados y enrojecidos.

Esa noche, nadie cenó, nadie habló y nadie me dio las buenas noches.

Al despertar, me miré en el espejo, mechones castaños casi negros como el azabache se mantenían pegados a mi frente por el sudor. Mis ojos seguían de ese color rojizo al igual que mis mejillas.

En cinco minutos ya estaba preparado, aunque mi pelo todavía seguía estando alborotado, como si no quisiera estar por la labor. Pero me dio igual. Ya todo me daba igual.

Bajé al piso de abajo, madre y padre estaban sentados en las sillas del comedor. Ambos tenían los dedos de las manos entrelazados como si se estuvieran carcomiendo la cabeza por dentro, pensando cómo decir lo siguiente.

- Rudy, ven -. Dijo madre con una voz medio quebrada -. Tu padre y yo tenemos que decirte algo... -. Parecía estar conteniendo las lágrimas y yo sabía lo que me iba a decir, así que, la interrumpí.

- Ya lo sé madre -. Dije con una voz tan quebrada que hasta costaba entender.

Madre me abrazó y yo la abracé. Padre también se unió al abrazo y a los tres se nos escapó por lo menos una lágrima. “Odio a *Führer*” pensé “Lo odio, lo odio y nunca dejaré de hacerlo”, tenía razón.

Mientras nos separábamos del abrazo, alguien tocó la puerta, una y otra y otra vez. Nadie abrió. Teníamos miedo. La puerta se abrió de una patada y vimos con

nuestros propios ojos cómo un hombre alto y vestido de militar posaba su mirada en nosotros. En seguida vi su brazo izquierdo, donde el símbolo nazi estaba presente. Y sabíamos lo que nos esperaba.

Horas más tarde, nos encontrábamos en una camioneta con, por lo menos, una docena de judíos con expresiones de horror y miedo. Yo miraba a mis pies, hipnotizado, con la mente en blanco. Prefería estar así antes de pensar en lo que ocurriría.

Salimos del pueblo y ya no sabía ni me interesaba donde estábamos. Nos quitaron todas nuestras pertenencias, objetos valiosos y no valiosos. Un tren nos esperaba, el tren, según los alemanes, a una fábrica a trabajar, pero en realidad, padre sabía la verdad, y me la dijo: el tren estaba a punto de ir al campo de concentración Bergen-Belsen. Ni siquiera me sorprendió. En ese punto ya sabía que el final se acercaba, lento, pero seguro.

Vi cómo la cola avanzaba para la entrada al tren, también vi cómo una madre con su hija no estaba dispuesta a entrar:

- ¡No, no, no! -. La mujer lloraba, probablemente, como nunca y sostenía a su hija de unos seis años de su mano, esta última sollozaba.

- ¡*Saumensch!*!Cómo no entren las dispararé a las dos! -. Dijo el alemán, tan alto que probablemente pudieron escucharlo hasta los últimos en la fila. La mujer, que aún seguía llorando, avanzó y entró al vagón del tren.

Padre, madre y yo subimos al tren sin resistencia alguna.

Ya llevábamos unas dos horas en el tren cuando, por fin, decidí alzar la vista de mis pies. El vagón estaba lleno, lleno de personas inocentes. Pero hubo una cosa que me llamó la atención, era Luther, Luther Schneider, mi profesor. Parecía atento o alerta, no estaba seguro de qué expresión era la de la cara de Luther. Él también me vio, y avanzó gateando hasta donde estábamos mi familia y yo.

- Señor y señora Schwarz, voy a salir del tren, estaba buscando a alguien a quien poder rescatar, quizá uno de ustedes quisiera venir -. “Claro que los tres queremos ir con él, todo el vagón y todo el tren quiere ir con él. Escapar. Ser libre.” pensé. Nos

daba igual lo que tuviéramos que hacer para salir de él, fuera lo que fuera, sabía que lo haríamos.

De pronto tres pares de ojos me miraban.

- Rudy, ve con él -. Dijeron padre y madre a la vez. Yo solo los miraba con una expresión sorprendida. Muy sorprendida.

- Pero, ¿y vosotros? -. Los tres seguían mirándome. Luther fue a la pequeña rendija que estaba en lo alto de la pared del vagón y yo lo seguí. A través de él vi a un soldado nazi que intentaba a toda costa no caerse pues estaba fuera del tren sujeto a las maderas sobresalientes de las paredes y apoyado en el bordillo del tren.

- ¡Schmidt, eh! ¿No nos podemos llevar a dos más? -. Dijo Luther con la pizca de esperanza que le quedaba.

- Oye, en el bordillo solo cabemos tres. Tú decides. Uno o ninguno -. Le dijo el tal Schmidt.

Luther me miró e hizo una seña con la cabeza para que me acercara a él. “Vamos”. Fue lo único que pronunció el adulto. Antes de acercarme a él, fui a donde padre y madre estaban sentados, para despedirme.

- Os quiero. Os quiero mucho -. Una lágrima estaba cayendo de mi mejilla izquierda pero padre alzó su pulgar para retirarla.

- Escapa Rudy, huye, sé feliz, sé libre -. Fue lo único que me dijo padre. Madre solo me miró, pero esa mirada dijo más que mil palabras. Esa mirada decía un claro “Te quiero”.

Volví con Luther. Él me explicó su plan de huída:

- Escúchame con atención Rudy. Schmidt abrirá la puerta rápidamente, nosotros saldremos de ella. Nos apoyaremos sobre el bordillo del tren de aproximadamente dos pulgadas y saltaremos. ¿Vale? -. Asentí con la cabeza dando a entender que lo había entendido.

Schmidt abrió la puerta durante menos de diez segundos y salimos los dos, Luther y yo. Al salir lo único que veíamos eran abetos, abetos, y más abetos. El fuerte viento movía con brusquedad mi cabello oscuro igual que a Luther.

Schmidt empezó a hablar:

- A unas 100 yardas veréis un roble, el único roble de todo el bosque. Cuando lleguéis a él, esperad a que pasen dos yardas y saltad. Caeréis en un montón de hojas que amortiguará la caída. Buena suerte -. Siguió hacia la parte delantera del tren.

- No te preocupes, es un viejo amigo, no le contará nada a nadie -. Dijo Schneider con seriedad -. Bueno, ya se ve el roble. Recuerda: al pasar el roble, dos yardas y salta -. Era verdad, el roble ya estaba al alcance de nuestra vista. Era idéntico al que se veía desde mi ventana, la única diferencia era que el que estaba viendo parecía tener un tronco más ancho.

- ¿Yarda?

- ¿No sabes lo que es una yarda? -. Negué con la cabeza -. Recuerdas mi bastón, ¿verdad?

- Sí.

- Imagínate cuánto medirían dos bastones juntos. Cuando veas que estamos a la distancia de dos bastones salta -. Asentí con la cabeza -. Recuerda: el roble y dos bastones hacia la derecha.

“El roble y dos bastones hacia la derecha, el roble y dos bastones hacia la derecha, el roble y dos bastones hacia la derecha...” Lo repetí varias veces en mi cabeza hasta que casi me pareció que quedó tatuado a fuego en mi mente.

El árbol ya se aproximaba, todo pareció pasar con una lentitud exagerada. Pasamos el roble y cuando vi que la distancia entre el árbol y nosotros era la indicada, salté. Caí sobre un gran montón de hojas, que amortiguaron la caída más de lo que esperaba. Luther ya se estaba levantando cuando me dijo que corriera. No pregunté por qué, tampoco quería saberlo. Corrí, corrí y corrí como nunca en mi vida había corrido. Sólo paré cuando mis piernas empezaron a fallar a causa de correr por encima de mis límites. Miré a mi alrededor, Luther no estaba. Quizá todavía seguía corriendo. Quizá había escapado por otro lado. O quizá algún soldado lo había atrapado. No lo sabía. Una parte de mí prefirió no saberlo.

Cuatro años más tarde...

Hace ya cuatro años del día en el que escapé de los nazis. Pero también hace ya cuatro años del día en el que vi por última vez a madre, a padre y a Luther. Madre y padre murieron ese mismo año, en las cámaras de gas del campo de concentración Bergen Belsen. Pero Luther... sobre Luther no tengo ni la menor idea de donde está.

Después de escapar y correr por mi vida, estuve durante unas horas andando hasta que encontré un pequeño pueblo de ateos quienes me recibieron y me ocultaron para que no fuera capturado. Ahí terminé mis estudios y hace poco he empezado a trabajar en una librería.

Esta mañana, me he preparado para ir al trabajo, como siempre. He salido de casa y he andado hasta la librería.

Al intentar abrir la puerta de la librería un hombre con gabardina mayor que yo también se ha dispuesto a abrir la puerta. Cuando ha visto que he puesto mi mano primero, ha levantado la vista, dejándome ver su cara.

Era Schneider, Luther Schneider.

Jone Olasolo